

EDITORIAL

MEDICINA, HUMANISMO Y CIENCIAS HUMANAS

En el grado en el que la salud y las enfermedades de los hombres están influidas por sus motivos, sus esperanzas, sus temores y sus contradicciones, el humanismo, no es sólo un complemento, sino una dimensión necesaria de la medicina.

La medicina es ciencia orientada a la utilidad y su lado humano responde, como su desarrollo científico, a requerimientos prácticos; las necesidades del enfermo, cuya experiencia de enfermedad es inseparable de su condición de hombre.

Si la misión del médico es conservar la salud de las personas, curarlas cuando enferman y ayudarles a mejorar la calidad de su vida; si los grandes problemas de la salud pública, están indisolublemente ligados con problemas del suelo, de la alimentación y de la educación y requieren una solución integral, es claro que al médico no le basta con poseer conocimientos sobre la patología y la terapéutica; necesita otros conocimientos y también, un marco de referencia que le permita tomar en cuenta todas las condiciones que pueden ser causas de disonancias entre

el individuo, su ambiente natural y el orden social.

El humanismo tiene múltiples rostros. Históricamente se le relaciona con la corriente de renovado interés en las artes, la literatura, la mitología y la filosofía de la antigüedad clásica, que se suscitó en los siglos xv y xvi. Es necesario apuntar, que no obstante que el interés en lo humano es una característica del Renacimiento, la esencia del humanismo, lo que podríamos llamar su espíritu, ni se inició en esa etapa histórica, ni se limitó a ella. El humanismo tuvo sus orígenes en la época de oro de la civilización griega, continuó activo en la tradición judeo-cristiana, floreció en la Ilustración y se mantiene vigente en nuestros días.

Lo que los humanistas de todas las épocas tienen en común, no obstante sus diferentes puntos de partida, es su interés en el hombre, en su naturaleza y en su destino y ciertas ideas y actitudes acerca de él. Lo esencial es que los valores de la vida y de la dignidad humanas se anteponen a otros valores. Se sostiene que el valor más elevado es el hombre mismo y que en esencia, todos los hombres son perfectibles y poseedores de las mismas potencialidades; que la razón, el amor y la tolerancia son necesarios para su bienestar y su desarrollo. Estas son las ideas que con énfasis diferente, compartieron los humanistas del Renacimiento, los filósofos de la Ilustración y hoy en día comparten humanistas seculares y religiosos.

Goethe, uno de los más grandes humanistas de todos los tiempos, ha expresado en una frase la esencia del humanismo. "El hombre", dice, "lleva dentro de sí, no sólo su individualidad sino a toda la humanidad con todas sus potencialidades, aunque debido a la extrema limitación

de su existencia individual, sólo puede realizar estas potencialidades de una manera incompleta". En otras palabras, un hombre, es a la vez todos los hombres.

¿Qué representa el humanismo en la medicina de nuestro tiempo? Ante todo, he de aclarar que el humanismo no se limita a la idea de que el médico ha de ser comprensivo y humanitario, aunque es así como debe ser, ni a la idea de que el cultivo de las humanidades —las lenguas, la literatura, la filosofía, la historia— contribuye en forma significativa a la humanización de su trabajo profesional, aunque, ¿quién podría negar que la personalidad del médico se enriquece y que su sensibilidad en el trato con los enfermos se agudiza, cuando incursiona en el mundo de las humanidades? Es decir, el mundo de la imaginación, el sentimiento y la expresión estética y religiosa; en una palabra el mundo de la herencia cultural de la humanidad.

En la medicina actual, el humanismo es más que eso. Esencialmente es una perspectiva; un modo de ver y de entender los problemas médicos que llevado a sus consecuencias ha de influir radicalmente en la enseñanza y en la práctica de la medicina y también en los objetivos de la investigación.

En el pasado, ciencias y humanidades fueron dos modos diferentes de aproximarse a la realidad. Siguiendo sus propios caminos, los humanistas acumularon una riqueza de observaciones que en sí mismas constituyen una visión penetrante de la naturaleza humana y que aún son fuente de sabiduría y de inspiración. Hoy en día, es necesario distinguir entre las humanidades propiamente dichas y las ciencias humanas. Estas últimas, son disciplinas científicas como la antropología

cultural, la psicología, la sociología y la historia, que se ocupan del hombre.

En tanto que el mundo de la naturaleza incluye al hombre y a la mente, las ciencias humanas son ciencias naturales, pero a diferencia de otras ciencias naturales que se ocupan de la materia y de la vida, su objeto de estudio es el hombre como totalidad y como individuo, en interacción con los demás hombres.

Si bien las ciencias humanas no están tan avanzadas ni sus conceptos son tan precisos como los de las ciencias que se ocupan de la materia y de la vida, son ciencias en el sentido amplio que incluye a todos los campos de encuesta racional organizada. Es decir ciencias como algo opuesto a las filosofías apriorísticas y a los sistemas explicativos no susceptibles de ser puestos a prueba.

Ciencias humanas y ciencias de la vida, se ocupan de aspectos distintos de la realidad. Estas últimas, estudian y analizan, separándolas en campos restringidos, a las estructuras y mecanismos que son comunes a todas las formas de vida; su principal interés hoy en día, es el estudio de su base molecular. Las ciencias humanas por su parte, se interesan en el hombre total; en comprender su conducta, resultado del proceso evolucionario, las facultades que le distinguen del animal y le hacen un ser único en la naturaleza, y su interrelación con la cultura y con la sociedad. Las ciencias humanas proporcionan los datos para un punto de vista nuevo acerca del hombre: un humanismo científico.

Hay en la medicina territorios extensos en los cuales las ciencias humanas tienen mucho que hacer y que decir. Sus métodos pueden ser usados al lado de otros que son propios de las ciencias de la vida,

para promover avances en aquellos territorios sobre los cuales ambas ciencias tienen reclamaciones. Las ciencias humanas pueden trabajar de modo que sus hallazgos sean puestos bajo la censura de la verdad empírica y las ciencias de la vida, pueden no perder de vista en sus pesquisas al hombre como totalidad.

Si se hace necesario subrayar el lado humanista de la medicina, es porque la medicina clásica, me refiero a aquella cuyos avances espectaculares se iniciaron a partir del Renacimiento, nos ha entregado un conocimiento dividido en sectores; un conjunto de conocimientos más o menos aislados, tales como la bioquímica, la fisiología, la biología, y también nos ha legado un modelo de hombre mecánico, simplificado, que aunque conceptualmente manejable, no toma debidamente en cuenta sus necesidades, sus atributos, sus contradicciones y sus esperanzas; es decir, su humanidad.

Los logros de los métodos reduccionistas y analíticos de la ciencia, son admirables; a ellos debemos el progreso de la técnica, pero por muchas que sean las excelencias de métodos que han permitido a la medicina avances tan notables, sólo abarcan a los objetos que caen dentro de su esfera y no permiten captar al hombre integral, la experiencia de su vida, los complejos procesos de sus relaciones interpersonales, sus respuestas totales en situaciones totales. Como consecuencia de estas limitaciones metodológicas, la medicina no ha podido abordar problemas que son importantes.

El marco de referencia humanista, provee un instrumento conceptual inclusivo que permite acercarse al hombre como un campo unitario e integral. Ciertamente, aún no es posible hacer una declaración completa

del hombre, pero hoy es más honda la comprensión de su naturaleza y de sus relaciones con el medio. La posibilidad de agrupar conocimientos dispersos en una totalidad significativa, es considerablemente mejor que en el pasado. Si bien el avance de la medicina a través de la indagación progresiva de campos separados, es espectacular, esta forma de expansión es insuficiente. De ahí, la tendencia poderosa a la integración del conocimiento.

Tanto en el campo de la biología como en el de la psicología y en el de la medicina, tiene aún vigencia el concepto de que el hombre es por naturaleza una especie de máquina, dotada de una variedad de capacidades de reacción. Este modelo mecánico, ni siquiera permite comprender la conducta animal más allá de ciertas regulaciones fijas y es aún más inadecuado cuando se intenta aplicar al hombre, que posee un orden superior de funciones: razón, conciencia de sí mismo, imaginación y actividades creativas. Si bien los sofisticados sistemas cibernéticos han sustituido a los crudos modelos mecánicos y significan un avance considerable sobre ellos, ya que permiten comprender mejor algunos procesos cerebrales, son insuficientes para explicar la compleja conducta del hombre.

Sin ir demasiado lejos, podemos decir que es la propia biología la que ha proporcionado los datos que sirven para demoler el modelo del hombre máquina. De hecho, la biología evolucionaria es el punto de partida de una concepción del hombre que enfatiza su humanidad, si bien, dicen los biólogos, la dignidad del hombre no radica en sus orígenes, en verdad modestos, sino en sus estupendas posibilidades. El concepto evolucionario es el puente que facilita la integración de

las ciencias de la vida con las ciencias humanas en el campo general de la medicina.

El concepto ecológico, hoy tan en boga, usado en el sentido más amplio de las relaciones del hombre no sólo con el mundo de la naturaleza sino también con el mundo de la cultura y de las ideas, que él ha creado, es otro principio unificado. Ambos son complementarios.

Hay científicos arrogantemente conscientes de la importancia de las ciencias básicas y de las técnicas derivadas de ellas en el mundo actual, que pierden de vista la perspectiva humana. Ocurre también que algunos humanistas no entienden a la ciencia y les aterra su misterio y sus posibilidades. Unos y otros contribuyen a mantener el mito de dos culturas irreconciliables: una cultura científica y una cultura humanística. No estamos seguros de que esta dicotomía sea inevitable, y menos, si se refiere a todos los campos del conocimiento. Muchos problemas que antes pertenecían al campo de las humanidades, son hoy problemas de la ciencia. El humanismo tiene una fundamentación cada vez más científica y los científicos tienen cada vez más interés en los problemas humanos. Con más razones podría sostenerse que los conocimientos están en proceso de fundirse en una cultura única. En lo que respecta a la medicina, por su misma esencia, no podría ser de otra forma. De hecho la medicina, en su mejor versión, es un ejemplo de esta fusión que gradualmente se extiende a otros campos del conocimiento.

No debe sorprendernos, que en los tiempos que corren, las representaciones generales de la medicina hipocrática, por tanto tiempo olvidadas, experimenten una resurrección inesperada. La medicina,

como ciencia y como humanismo, es una creación griega; algo que surgió del despliegue del espíritu helénico en el último tercio del siglo V antes de Jesucristo, en las islas griegas y en las ciudades costeras del mar Egeo.

Los griegos superaron la actitud mítica ante lo inexplicable y desarrollaron una concepción realista del hombre y del cosmos. El arte curativo tomó entonces un rumbo nuevo; el objeto de estudio de los médicos griegos fue la *physis* humana, una entidad correcta, somática y psíquica, embebida en la naturaleza.

La medicina hipocrática entendió al hombre como algo que es parte de la naturaleza, cuyas fuerzas lo configuran y lo mantienen. Hipócrates y su escuela establecieron que la salud y la enfermedad están determinadas por causas naturales y que estas causas, susceptibles de ser conocidas, son múltiples: la constitución individual, las pasiones humanas y las fuerzas del ambiente, alimentación, clima, altura, estación del año, agua, suelo. Hoy hemos de reconocer que Hipócrates y su escuela crearon la primera medicina a la vez científica y humanística y en el sentido más amplio del término, también ecológica. Por lo tanto, la corriente humanística en la medicina moderna no es nueva del todo, revive el espíritu que animó a la medicina en la antigüedad clásica y que de algún modo, que nos llevaría lejos analizar, se perdió en la historia.

Merced a los progresos de la técnica, a la especialización y a su organización estatal y colectiva, en los últimos decenios la medicina ha experimentado avances extraordinarios.

El médico cuenta con mejores instalaciones, nuevos instrumentos y nuevas ha-

bilidades que le permiten cuidar mejor la salud de las poblaciones e influir más eficazmente en el curso de muchas enfermedades. Nuestro país no ha permanecido a la zaga en el progreso. Sin embargo, confronta hoy en día graves problemas en el área de la medicina.

No voy a referirme en detalle a estos problemas ni a sus causas que han de trazarse a profundas contradicciones en nuestra estructura social y cultural. Solamente señalaré algunas cuyas consecuencias sobre la educación médica y la práctica de la medicina revisten la mayor importancia.

Nuestras escuelas de medicina, están sujetas a una presión demográfica que rebasa ya los límites de su capacidad funcional. Ocurre también, como en otros países pobres cuya población está en proceso acelerado de expansión, que las necesidades de asistencia aumentan en proporción mayor que los recursos. En las quejas de quienes afirman que si bien la medicina avanza, la enseñanza de la medicina y el cuidado de los enfermos se deterioran, hay más que un grano de verdad.

Algunos piensan que en estas circunstancias hablar de una medicina con dimensión humana es irreal, que precisamente lo que se necesita es eliminar de la enseñanza de la medicina todo aquello que no es técnicamente esencial. No estamos de acuerdo con este punto de vista.

Otros ven en el uso de las máquinas, la mejor esperanza para solucionar muchos problemas de la enseñanza y de la asistencia. No nos cabe duda de que así puede ser. Las máquinas, por ejemplo, podrían liberar al médico y al maestro de las tareas más rutinarias. El peligro, hemos de repetir, no radica en ninguno de

los avances de la técnica, sino en el espíritu con el cual se aplican.

El peligro es que bajo el influjo de fuerzas poderosas que operan en la sociedad, la medicina pierda cada vez más el contacto con la condición humana de los enfermos y se convierta en una tecnología fría, aplicada por técnicos agobiados por un número excesivo de enfermos y supeditados a una maquinaria burocrática que aniquile su individualidad y sobre cuya marcha no puedan ejercer ninguna acción. En estas circunstancias es deseable que los médicos dialoguen con la filosofía; no con la filosofía como especulación, sino reflexión y ordenación de la experiencia.

La concepción humanista no resuelve los problemas, ni puede suplir nuestras carencias, pero nos permite situar los problemas en su justa perspectiva y plantear soluciones correctas.

No creemos que la respuesta a los riesgos de una creciente deshumanización de la medicina, sea ponerle algunos remiendos de humanismo, sino hacer algo más radical: reorganizarla conceptualmente y ampliar sus bases en la enseñanza, en el ejercicio, y en la investigación.

La imagen del hombre que el humanismo proyecta en el campo de la medicina, es una imagen sustancialmente diferente de la que emerge de la anatomía, la fisiología y la bioquímica. Es una imagen del hombre que es parte de la biología, pero que trasciende de la biología y en la que cobra relieve su totalidad, su historicidad, su unquidad y su libertad. Por lo tanto, una imagen más compleja, también más ambigua y contradictoria, pero en último término más real, porque no excluye ninguna de las condiciones que son propias de la condición del hombre, en la salud y en la enfermedad.

RAMÓN DE LA FUENTE